

La nación que inventó Fernando González

Por Santiago Aristizábal Montoya

Maestría en estudios humanísticos - Universidad EAFIT

Esto que llaman Colombia sí está en los mapas y dizque es república unitaria, capital Bogotá, y han publicado leyes, pero no es cosa viva; no es un pueblo; realmente no es un organismo vivo; [...] Colombia existe como tierra alindada, más o menos aceptada por el resto del mundo como república, es decir, por convenio de política internacional, pero que no hay la nacionalidad colombiana, el pueblo colombiano, con sus pasiones, actividades, artes, filosofía, religión, costumbres vivas, comunes, vitales. (Fernando González visto por sí mismo, 2).

El pensamiento de Fernando González es vivencial. En él, las ideas no surgen como producto de una reflexión puramente teórica sino como reacción meditada ante las vivencias; por eso, lo que le confiere unidad y coherencia no es la rigurosa vinculación con unas tesis o unos presupuestos filosóficos, sino la permanente conexión autorreferencial con ese ser humano peculiar que fue el maestro de Otraparte y con su particular manera de experimentar la vida. Y dentro de esa experiencia vital, una dimensión insoslayable para él fue la política, no tanto porque fuera esta una actividad que lo entretuvo en alguna época de su vida (fue candidato en 1935 a la asamblea departamental y en 1940 fundó el partido LAIN, “La izquierda nacional”), cuanto porque necesitaba comprender su identidad de colombiano y suramericano para comprenderse a sí mismo. Esto confiere a la obra de González una fuerte valencia política, pues en su esfuerzo por comprender su situación histórico-social concibe un ideal de nación y no deja de proponer vías pedagógicas o políticas para su realización.

Sin que el pensamiento de González tenga tintes nacionalistas, su reflexión se ocupa de la nación y de la nacionalidad, al menos en tres sentidos: en primer lugar, en una **perspectiva genealógico-arqueológica**, le interesa comprender cómo surgen la vivencia de la nación y su representación mental, el nacionalismo (por ejemplo, *Santander, Mi Compadre y Los negroides*). En segundo término, en una **perspectiva fenomenológica**, busca describir los nacionalismos tal como se viven y se usan para motivar las acciones de las comunidades (así, *Revista Antioquia*). Finalmente, en una **perspectiva prescriptiva**, plantea pautas para la reforma de la nación o para su superación por una conciencia más amplia (es el caso de *Mi Simón Bolívar, Los negroides, Don Mirócleles, Nociones de izquierdismo y Arengas políticas*). Por supuesto, esta distinción es artificial y la propongo como una herramienta de interpretación, pues en los textos de González las tres perspectivas se entrelazan y se complementan. De hecho, pretendo mostrar en esta ponencia que la reflexión sobre la nacionalidad en los dos primeros sentidos, que he llamado genealógico-arqueológico y fenomenológico, está puesta al servicio de un proyecto de nación

que traza Fernando González, afincado en un ideal antropológico, de suerte que lo genealógico y lo fenomenológico sirven para justificar la visión prescriptiva. Tal hipótesis ameritaría una revisión de todos los escritos de González; sin embargo, por la concisión que exige un trabajo como este, me concentraré en una sola obra que es, a mi juicio, la que mejor se ocupa del problema de la nación: *Santander*.

Comparto la visión de conjunto que propone el investigador alemán, Jochen Plötz, al respecto de *Santander*:

González persigue con este escrito dos intenciones: junto al interés de hacer pública una perspectiva minoritaria, herética, de los inicios de la Gran Colombia y del Estado que surgió en ella, quiere él poner ante sus contemporáneos, con una precisa caracterización personal de Santander lograda en pocas líneas, un espejo para su egoísmo económico y su individualismo social, que marchan más a gusto en el formalismo legalista y en el fetichismo notarial del sello y el certificado. (Plötz, 2003: 110-111).

Para que esto se comprenda mejor, conviene exponer someramente cómo está estructurada la obra. Comienza con un prólogo en el que González muestra “cuál [es] el lienzo para el retrato de Santander”, es decir cómo es el ambiente psíquico (los prejuicios) del autor, en el que va a reconstruirse la imagen de Santander. Se trata de una serie de consideraciones filosóficas sobre la historia, en las que se apela a la idea schopenhaueriana de que el mundo es “voluntad y representación”, de tal modo que los hechos y personajes son expresiones de una voluntad ominosa que brega por aparecer. Allí se enmarca el problema del héroe nacional, aglutinante de la conciencia de los pueblos, hijo y a la vez padre de las naciones, y se plantea la tesis de que Santander es un falso héroe nacional, pues no corresponde a la nacionalidad colombiana que está próxima a manifestarse. Luego, en los capítulos 1 y 2 muestra cómo fue la infancia y la formación (seminarista y leguleya) de Santander y las compara con la de Bolívar. En los capítulos 3 y 4 imagina el momento en el que Santander, ante los hechos del 20 de julio de 1810, descubre que nació para mandar, sin otra arma que las leyes. Del capítulo 5 al 10 se reconstruye el papel desempeñado por Santander en las desavenencias entre unitarios y federalistas en el periodo de la Patria Boba. En los capítulos 11 y 12 se narra la huida de Santander acosado por el ejército pacificador a los Llanos Orientales, donde funda la efímera república del Casanare-Apure y del capítulo 13 al 15 se relata la campaña libertadora de 1818 y 1819, con un Santander que se declara fiel servidor de Bolívar. Se cierra el libro con un epílogo, donde González anuncia una segunda parte, que sin embargo nunca verá la luz.

Entre los escritos de Fernando González este es, tal vez, el que tiene un tono más “académico”, menos vivencial: escrito casi todo en tercera persona, con una estricta coherencia argumentativa y apoyado en un abundante acopio de fuentes historiográficas de variada procedencia. Sin embargo, a medida que avanza en la reconstrucción de la figura de Santander, el ensayo histórico

va cediendo terreno al relato literario, con la incorporación de tres elementos que van de lo periodístico a lo ficcional: el diario de José María Caballero de Ochoa, sastre del virreinato (y a quien González supone ancestro suyo), que relata con colorido detalle los hechos más vistosos de la ciudad de Santafé¹; un segundo elemento es la narración de los acontecimientos y la descripción de los personajes recreados por la imaginación de González, suponiendo pormenores que no están soportados por los testimonios de la época; y el tercer ingrediente son textos que González inventa para suplir vacíos documentales, extrapolando o parafraseando las ideas contenidas en los fuentes auténticas, como cuando hace la reconstrucción de un anónimo que debió escribir Santander en 1815 para consagrar su historia (así como Cuvier “reconstruía un esqueleto con el hallazgo de un solo hueso” [*Santander*, 61]), de tal modo que alternan citas textuales de fuentes históricas (diarios, cartas, oficios, biografías) con sus interpretaciones y con los pseudo-documentos que inventa González. Esta combinación pone en tela de juicio el rigor histórico, pero le da fluidez literaria al ensayo-relato y hace más evidente su carácter intencional al servicio del proyecto político y antropológico de Fernando González.

La obra está dedicada “a la juventud americana” y responde al deseo de desenmascarar al falso héroe nacional que fue, según González, Francisco de Paula Santander. Para hacerlo, el autor construye una teoría sobre el significado sociológico del héroe nacional, que vale la pena citar:

Se nos presenta, en primer lugar, el problema del *héroe nacional*. ¿Cuál es su significado sociológico? Su papel es el de aglutinador de la nacionalidad cuyo dios es.

La nacionalidad se halla dispersa e inconsciente: entonces principia a concretarse alrededor del héroe nacional, como su núcleo. Pero entiéndase bien que la figura de éste no aparece de una vez, perfecta ya, sino que es fenómeno vivo y como tal va creciendo y perfeccionándose en la medida en que las necesidades de la nacionalidad, en formación también, lo exigen.

Así, el *héroe nacional* no es propiamente una figura histórica, sino que tiene de leyenda o de invención lógica de la nacionalidad a que sirve de núcleo: trátase siempre de personaje que fue histórico y sobre cuya historicidad va laborando la psiquis nacional, quitando aquí, agregando allí, puliendo, falsificando documentos mediante interpretación que tiene de lógica vital. En tal sentido diremos que el *héroe nacional* es padre y es hijo a un mismo tiempo de la nacionalidad. ¡Hermosos secretos de la biología! (*Santander*, 12)

Todo héroe nacional —explica el autor— es depurado y magnificado por la cultura de acuerdo con las necesidades de consolidación de la identidad nacional, que requiere un referente heroico

¹ Se trata de *Particularidades de Santafé. Un diario de José María Caballero*, publicado por primera vez en 1902 en la Biblioteca de Historia Nacional. La Biblioteca Luis Ángel Arango ofrece una versión digital de la segunda edición (1947) en <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/libros/brblaa798587.pdf>.

para aglutinarse: “El pueblo va haciendo del héroe la imagen de lo que desea llegar a ser; en ella materializa su programa, encarna su futuro.” (*Santander*, 15).

No es abusivo afirmar que en esta noción del héroe como aglutinante nacional hay una coincidencia con la definición de “nación” que propondría Benedict Anderson cuatro décadas más tarde: “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana.” (Anderson, 1993: 23). La tesis del héroe nacional contribuiría a responder la pregunta que plantea el autor irlandés acerca de cómo fue posible que en las colonias hispanoamericanas, relativamente homogéneas en cultura, religión y lengua, surgieran después de la independencia dieciocho nacionalidades diferenciadas (Anderson, 1993: 77-81). La “construcción” de héroes nacionales emprendida por los letrados de los territorios recién independizados sirvió para alinear emocionalmente a los pueblos, haciendo que se identificaran con los valores y las ideas encarnadas por su héroe y que se reconocieran en el pasado de gloria y sacrificio que él, como padre de la patria, había protagonizado.

Explorando la vía que sugiere Anderson, *Santander* podría leerse como una arqueología de la formación del nacionalismo colombiano o, mejor, del nacionalismo neogranadino, pues “El hombre de las leyes”, a juicio de González, es un personaje que no responde a la conciencia de la nación colombiana sino de la élite política “neogranadina”. He aquí su explicación:

Hoy somos en Colombia nueve millones de nativos, ya todos de la misma color, sin castas, dispersos en territorio de un millón doscientos mil kilómetros cuadrados, sin aglomeraciones como la de Buenos Aires en Argentina, sin problema racial, demócratas, ricos y prometedores... De este pueblo no es héroe nacional el general Santander. De la capa neogranadina que cubre y tiene atontado a este gran pueblo que ya va a nacer a la conciencia política, ¡sí es héroe nacional el Mayor Santander! (*Santander*, 16)

Nótese que tras este juicio contra Santander y la clase dirigente colombiana hay un ideal de nación que se contrapone al proyecto construido por las élites políticas (letradas) del país. Podemos decir que el autor está haciendo la radiografía del proyecto nacionalista decimonónico a la luz de su propio proyecto civilizador, que propone superar las barreras nacionales y dejar emerger “el gran mulato suramericano”, cuyo héroe *continental* sería Simón Bolívar. Por otro lado, González no concibe lo político sino en función de la individualidad, de modo que hablar en él de un proyecto de nación o de civilización implica descubrir, al lado de la visión política, un ideal antropológico. En efecto, un intelectual que afirmaba no poder tener seguidores, porque creaba solitarios que fueran capaces de encontrarse a sí mismos para vivir autoexpresándose², no podía esbozar una utopía nacionalista basada en la suplantación del individuo por la colectividad.

² En *El remordimiento* (1935), afirmaba: “No tendré admiradores, porque creo solitarios; no tendré discípulos, porque creo solitarios; no me tendré sino a mí mismo. Yo no atraigo; arrojé a cada lector y persona que me habla en brazos de sí mismos. No puedo ser pastor, amado, jefe, maestro. Soy el cantor de la soberbia y de la sinceridad.”

Este es un rasgo que no solo se aprecia en *Santander*, sino en todas sus obras con alguna carga política. Así lo plantea Paula Marín, investigadora del Instituto Caro y Cuervo:

La literatura que González elige escribir es la forma en la que puede llevar a cabo su proyecto de constituirse a sí mismo como una individualidad autónoma, proyecto en contravía con la estructura social de su país, en la cual lo conveniente al proyecto político en turno era —es— seguir manteniendo a la población como una masa indiferenciada, guiada por un grupo de hombres que señalan qué es lo conveniente para la “grey”. González se da cuenta de que constituirse como individuo es la forma de oponerse a los obstáculos que tal proyecto político pone a la realización de la mentalidad moderna en Colombia. (Marín, 2011: 155).

Si esto es así, cabe entonces preguntarse: ¿Cuál es el ideal político-antropológico que subyace a la crítica de Fernando González hacia Santander como héroe nacional? Esta pregunta pone en evidencia que no estamos leyendo la obra *Santander* como un ensayo de reconstrucción histórica pretendidamente libre de juicios de valor, sino como producto literario de un proyecto intelectual o pedagógico peculiar que pretende reformar la conciencia nacional. De hecho, la estrategia discursiva de presentar a Bolívar como el héroe auténtico y a Santander como el antihéroe, tildado de “rábula” e “hipócrita”, corresponde a un patrón típico de la literatura romántica latinoamericana, presente sobre todo en la novela histórica y en el romance, que consistía en exponer la realidad como una dialéctica de personajes o grupos que encarnan valores antitéticos, haciendo del héroe el dechado de las virtudes que se quería inculcar en el público lector, mientras que el antihéroe representaba los vicios y creencias que se buscaba erradicar de la sociedad (Unzueta, 1996). Así, afirma González que Santander “es tan abismo perfecto como perfecta altura es Bolívar”. (*Santander*, 105).

En la perspectiva de González, Santander encarna la hipocresía que se ampara en las leyes y en los documentos para mantener las apariencias de virtud: “Santander [es] el producto perfecto de su ambiente prenatal, infantil, colegial y de la guerra civil. Es la perfecta encarnación de la hipocresía. [...] ¿No es bellísimo un sapo bien sapo? Pues el general Santander es el hijo más perfecto de los seminarios. ¡Es el héroe de la Nueva Granada!” (*Santander*, 94).

Más adelante, describe así la personalidad del Hombre de las leyes: “Nació para mandar, pero desde Palacio; para derramar sangre, por mano de asesinos; para la guerra, pero en retirada... Ahora, al atardecer, está arreglando sus documentos, *el Archivo Santander en formación*. Escribe la historia de su carrera militar, para publicarla, anónima, en una de las gacetas de Santafé” (*Santander*, 118). “¡Qué hombre tan curioso! A los veintiocho años era más genial que una araña; poseía un sentido del enredo, del ropaje, de la falsificación, que le coloca entre los raros de la humanidad. Sólo en país seminarista y andino puede explicarse el fenómeno de su nacimiento. ¡Genio de la simulación!” (*Santander*, 122). “El instinto fortísimo que le orienta es

la Nueva Granada, que bulle toda en él: leyes, seminarios, vida apacible, goce de las riquezas” (*Santander*, 145).

De tales caracterizaciones críticas pueden colegirse pistas del proyecto político-antropológico de González, como contrapartida que se infiere de los vituperios al modo de ser de Santander o por la exaltación de los valores vitales de Bolívar. Pero también hay algunas aseveraciones directas que denotan un proyecto de nación o de “raza” que González considera ya en ciernes. Pueden señalarse algunas expresiones:

“¿Cuál [es] la explicación de esta otra tendencia que reniega de Santander? Que no es, ni puede, ni debe ser el héroe de la Colombia que ya se formó y que comienza a gobernar. Alfonso López, que fue democrático y cruel con los oligarcas, y la lucha contra el espíritu rabulesco, son indicios de que el pueblo comienza a manifestarse.” La “raza antioqueña” y los costeños, pastusos y caucanos, no tuvieron que ver en la formación de la república clerical y masónica que tiene a Santander por héroe. “¡Santander no puede ser nuestro héroe! [...] En nosotros comienza la Colombia futura” (*Santander*, 19-21). La raza suramericana es mestiza. Donde el mestizaje se ha generalizado, no caben las castas y, por lo tanto, no hay lugar para la vanidad, de sentirse racialmente superior, ni para la vergüenza por no ser blanco español (*Santander*, 40).

En conclusión, Interpretada como producto literario de un proyecto intelectual y pedagógico, *Santander* resulta ser una pieza clave para comprender las ideas político-antropológicas de Fernando González, pues aquí el autor explora, en un caso concreto y en lo que él considera un proceso histórico, la formación de la vanidad y la simulación, a las que enfrenta la egoencia y la autoexpresión, esto es, el absoluto imperativo ético y político de ser verídico, consigna que constituye el núcleo del proyecto civilizador que animó su labor de escritor.

Bibliografía

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de cultura económica.

González, Fernando (1996 [1963]). *Fernando González visto por sí mismo*. Medellín, UPB.

González, Fernando (1994 [1935]). *El remordimiento*. Medellín, Universidad de Antioquia.

González, Fernando (1971 [1940]). *Santander*, Medellín, Bedout.

Marín, Paula (2011). “Fernando González Ochoa: La búsqueda de la autoexpresión”, *Revista de humanidades*, No. 23 (junio), Universidad de Santiago, Santiago de Chile, p. 135-159.

Plötz, Jochen (2003). *Hybridität und mestizaje bei Domingo Faustino Sarmiento und Fernando González Ochoa*, Frankfurt am Main, Vervuert.

Unzueta, Fernando (1996). *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, Lima-Berkeley, Latinoamericana.